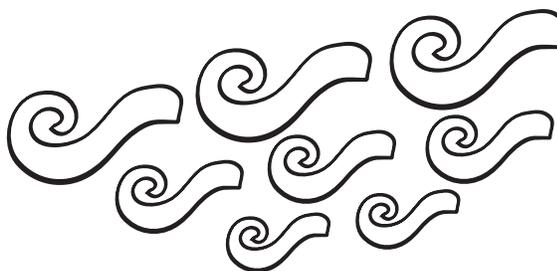


Editorial

Reconstruir lo humano.

Pablo García Arévalo¹



En su testamento, San Juan Bautista de la Salle calificaba de “calamitosos” a los tiempos en que le tocó vivir. Curiosamente hoy, a más de 300 años de distancia, es opinión común que nuestra época está marcada especialmente por la crisis. ¿Crisis de qué? Salta a la vista la urgencia de retomar nuevos caminos en muy diversos aspectos: en cuanto a organización socio política, en encontrar caminos que nos lleven hacia un nuevo paradigma económico y de producción, en habilitar nuevas formas de relación entre las distintas comunidades y grupos, en lograr nuevas formas de mundializar la solidaridad, de adquirir una nueva conciencia respecto del uso de los recursos, de encontrar formas de diálogo que sean incluyentes sin perder la propia identidad... La lista podría extenderse por mucho. Y se nota la proliferación de iniciativas que intentan responder a estas urgencias: la creación de organizaciones sociales, programas gubernamentales de distinto nivel, agrupaciones de artistas que concitan apoyo en cierto sentido, inclusión de temáticas axiológicas en las escuelas y empresas... Y en este caso la lista es más extensa aún.

No cabe la menor duda que todas estas cuestiones requieren de una observación atenta para la generación de soluciones viables, que puedan ir respondiendo a sus más singulares detalles, sin embargo la gran mayoría de las iniciativas planteadas adolecen de una cierta miopía, muy propia también de la cultura de nuestro momento histórico. Se trata de una miopía irrazonable (y culpable), porque libremente ha decidido dejar de lado ciertos factores de la realidad.

¿En qué consiste esta miopía? En pretender que con la sola adecuación de los sistemas, las estructuras y los programas quedarán solucionados los problemas, sin caer en la cuenta (sin querer caer en la cuenta) de que detrás y debajo de todo ello está el drama de la persona, de las personas. No del concepto persona, sino de las personas concretas que tienen nombre y apellido, es decir, de historias personales. No es primordialmente un problema de administración sino de antropología. Lo que deseamos afirmar es que si no cambia el corazón de las personas, no cambiará realmente nada, porque el problema de fondo siempre ha sido, es y será el corazón de la persona, pues “las fuerzas que mueven la historia son las mismas fuerzas que mueven el corazón del hombre”. Podríamos decir que detrás y debajo de cualquier problema técnico está el problema del hombre, de lo humano. Y las personas no cambian leyendo libros, sino por medio de encuentros personales que les introduzcan a una realidad más grande, bella y verdadera.

El problema de lo humano, de la reconstrucción de lo humano nos hace recordar esa hermosa canción de Luis Mariano Rivera titulada “Cerecita”: «A pesar de que eres buena / y de sabor exquisito, / nadie siembra tu semilla / nadie riega tu arbolito». Atender lo humano es un asunto olvidado por nuestra época, que ha enterrado el yo. Justamente lo que se necesita es que haya personas que se aventuren a crear ámbitos de vida, lugares de humanidad viva, donde no se niegue, olvide, ni rechace nada *a priori*, sino que sean capaces de acoger con estima sincera todo lo humano, todo lo que es la persona. No necesitamos expertos, sino personas vivas, despiertas.

¹ Fue docente de la Universidad La Salle Pachuca por 10 años, y actualmente se desempeña como Coordinador de Medios Didácticos en el Centro de Investigación Social Avanzada. pgaunid@gmail.com

La universidad tiene la vocación histórica de ser precisamente un lugar de vida, donde se busque apasionadamente la verdad, se dialogue en consecuencia, y en este sentido sea la conciencia crítica de la comunidad, de la próxima y la distante. Cualquier disminución de esta tarea, en su concepción o de hecho, va enfermándola de inanición.

En esta edición encontraremos que Miriam Hernández Juárez, Juana Gabriela Islas Pineda y Elizabeth Cruz Calva abordan el tema de las intervenciones de los enfermeros en la atención tanatológica de las mujeres que han perdido un ser querido; y Damián Santamaría, Claudia Pacheco y Fabián Ituriel describen el perfil investigador del docente fisioterapeuta en nuestro país. Varias investigaciones tuvieron como objeto común de estudio, una comunidad rural del Estado de Veracruz: Kenneth Gómez, Fiordalizo Maldonado, Paulina Morales y Rosa Ma. Romero analizan el proceso de lectoescritura; Alexis de la Torre, Clara Hernández y Mariela Monroy intentan conocer los problemas asociados a la comprensión lectora; Juan Pablo Randell y Margarito Escorcía, analizan la interacción que tienen los miembros de dicha comunidad con las tecnologías de la información para ver si éstas les han servido para lograr sustentabilidad en su desarrollo. La Lic. Nayeli Mancera comparte el discurso que pronunció ante los alumnos salientes de la Licenciatura en Educación con respecto a las virtudes que San Juan Bautista De La Salle preveía para sus maestros. Finalmente, este número de Huella de la Palabra incluye dos reseñas de libros. Por un lado la Lic. Raquel Eguillor realiza una reseña del libro de Peña Fabián titulado *“Educación a distancia en el nivel superior”*, y en el otro lado el Lic. Joaquín Zamora presenta su reseña del libro *“La virtud de la fortaleza”* de la colección que Carlos Díaz publicó en la Ed. Trillas sobre las virtudes.

Desde esta perspectiva, los problemas que se abordan en esta edición de Huella de la Palabra: la lectoescritura, la muerte, la formación profesional, la virtud... están llamados a convertirse, primeramente para sus autores, en consideraciones que tendencialmente generen lugares de vida. De otro modo, serán letra muerta.

